



REVISTA SEMANAL.

Saldrá los días 8, 14, 23 y 30.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

ÉPOCA II.—NÚM. XX.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada 30 de Noviembre de 1875.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, librería de la Aurora, Navas, 24.

SUMARIO.

La mujer pagana y la mujer católica, por I. Q.

—**Á una mariposa**, poesía por D.^a Josefa Bueno de Altea.—**¡Solo un Dios y solo un culto!** novela de costumbres, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Ante un sepulcro**, soneto, por D. Juan Carabantes y V.—**Un presentimiento**, novela.—**Poesía**, por E. A.—**Seccion infantil**, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Variedades**

LA MUJER PAGANA Y LA MUJER CATÓLICA.

Si la mujer conociera lo que debe á la religion del Crucificado, sin duda alguna combatiría con todo ardor el espíritu pagano que va insensiblemente infiltrándose por los poros de esta vieja Europa. A medida que la revelacion primitiva, tradicionalmente conservada de unas á otras generaciones en las primeras edades del mundo, se fué desfigurando por los errores y pasiones de los hombres, se oscureció el tipo de aquella Eva formada de la costilla de Adán, y apenas quedó en el cuadro de la mujer primitiva más que el odioso recuerdo de su criminal iniciativa en la inmensa catástrofe del Paraíso.

El paganismo, empero, agravó estos recuerdos con el anatema de la esclavitud y de dolores perpétuos de una vida de afrenta, terminada siempre en un suplicio horroroso. Esclava prostituida del hombre, vil juguete de sus tumultuosos placeres, víctima inocente de su dominacion tiránica, dócil instrumento de sus livianos caprichos, la mujer añadía á todas estas degradaciones, la desgracia de aceptarlas por una inferioridad moral que ni siquiera le permitía sentir las.

Solteras, eran propiedad del Estado y encerradas en calabozos esperaban allí el instante en que el hombre acudía á sacar al azar á la que debía ser su esposa, careciendo así el matrimonio de todo sentimiento libre y de toda sombra de dignidad. Su triste y mísero destino era ofrecer como sierva degradada á los sedientos labios de su despótico señor la dorada copa de toda suerte de placeres. Toda idea de homenaje de deferencia tributado á la mujer, era antipática, odiosa, á las perversas costumbres de las sociedades paganas; pues que en ellas era mirada como un ser maléfico, presagio

de tristes desventuras. La mujer estaba condenada á la servidumbre doméstica y al ostracismo político y civil, lo mismo en la culta Atenas que en la bárbara Escitia, lo mismo en la civilizada Roma que en la envilecida India. El divorcio, que es la disolución de la familia, estaban plenamente autorizados en todas las sociedades gentílicas. ¿Quién entonces reconocería en esa pobre esclava la frente inclinada sobre el pecho bajo el peso de una maldición tremenda y misteriosa, á la más bella, á la más suave, á la más delicada criatura de la creación?

Pero examinemos siquiera con ojeada rápida si entre aquellos filósofos antiguos hubo alguno que tratara siquiera de mejorar la triste condición de la mujer. Pitágoras escribía con toda seriedad. «El desorden, las tinieblas y la mujer son obra del principio malo, mientras que el orden, la luz y el hombre proceden del bueno.» Y todos los filósofos de la culta Grecia convenían sin duda alguna en deprimir, degradar y envilecer á esa desgraciada mitad del género humano.

Observad á Roma y notemos allí un fenómeno digno de estudio. Allá en los antiguos tiempos se respetaba entre los romanos el tipo de la madre de familia, de la viuda de un solo marido, de la doncella casta. Más cuando Roma fué emancipándose de la revelación primitiva y progresando por los caminos de la pagana civilización, desechó como preocupaciones indignas las atenciones con que la sociedad antigua venía distinguiendo á la mujer. El pueblo rey, según tenía más pueblos que unir á su carroza de triunfo y más diosas que adorar, se creía más civilizado; así aumentaba su crueldad y barbarie con la desvalida mujer; desde entonces era el matrimonio para ella un suplicio confirmado.

¡Cuánta pena y cuánta maldad al mismo tiempo se puede notar en esta triste historia de la sociedad romana!! Una desventurada era elegida esposa; si era estéril el repudio procedía inmediatamente y si era fecunda su sufrimiento era mucho mayor. Apenas nacía un niño era expuesto ante su padre; si éste le levantaba en sus brazos era reconocido por suyo, si dejándole en el suelo apartaba de él sus ojos, debía ser al punto muerto y arrojado á la cloaca máxima como repugnante inmundicia.

El repudio y el infanticidio eran el inevitable tormento, el prolongado martirio

de la mujer en la sociedad romana. Sulpicio, encontrando á su mujer en la calle sin el velo caído le repudia en el acto. Paulo Emilio, preguntado por qué había repudiado la suya, contestó: «he hecho con ella lo que se hace con un zapato cuando molesta el pié.» Cicerón, el celebrado autor de la obra *De los deberes*, tenía una mujer llamada Terenciana que con abnegación grandiosa hizo inmensos sacrificios para librarle del destierro. Pero Cicerón necesitaba dinero para pagar sus deudas y no halló medio más á propósito que repudiar á Terenciana y casarse con una mujer rica. No tardó en repudiar también á la segunda, no sin antes gastar su dote. Catón, ese hombre citado con frecuencia como modelo de la más austera virtud, no solo repudió á su mujer sino que dispuso saliese de su casa sirviendo de mofa y de escarnio á sus esclavos.

Pero si frecuente era el repudio no era menos el infanticidio. La ley mandaba fuesen degollados todos los niños que nacieran con alguna deformidad, y los filósofos de entonces creían estas leyes bárbaras, ajustadas á su alto criterio. Séneca nos dice: «Es costumbre entre nosotros matar los niños defectuosos, no por cólera sino por consejo ajustado de la razón, porque nada más razonable que arrojar fuera lo que estorba en casa.» Y el sentencioso Quintiliano añade: «Matar es muchas veces un crimen, pero matar á los propios hijos es no pocas veces una acción muy bella.»

Pero ¿qué necesidad tenemos de ir tan allá en la historia del Universo? ¿No suceden actos de ferocidad como aquellos, hoy mismo en pleno siglo XIX en las tribus bárbaras del Africa, de la América y del mar Pacífico? ¿No es aun degradante y despótico el estado de la esposa en Turquía, en Armenia, en Tartaria, en la Persia, en la China, en el Japon, en la Argelia y en la India?

¡El Africa! ¡Oh, el Africa fué iluminada por la luz del Evangelio. Ingenios tan brillantes como San Agustín derramaron sobre aquel país, sobre el mundo cristiano, torrentes de cristiana caridad, y Concilios famosísimos se celebraron en su seno! ¡Y hoy dicen para nuestra afrenta los extranjeros que el Africa empieza en los Pirineos...!

¿Qué es la mujer católica? Nadie lo ignora para que me detenga á decirlo. ¿Qué sería empero la mujer sin el catolicismo? El moderno progreso quiere convertir á la mu-

jer en lo que llama la mujer libre, la mujer emancipada. Más esa mujer evocada como una creacion del presente, una protesta contra el pasado y una redencion para el porvenir no es otra cosa que la hija de Eva envejecida ya por sus prolongadas disoluciones, y que lejos de regenerar al mundo invoca ella una propia regeneracion; es la mujer devuelta al innoble imperio de la carne, la mujer pagana en fin, tal como existia en el seno de aquellas sociedades corrompidas y corruptoras.

I. Q.

A UNA MARIPOSA.

Ayer gozando el ambiente
Que en mi jardin se respira,
Donde mi númen se inspira
Con su balsámico olor,
Vé, que anhelante y alegre
Hacia mí volaba ansiosa.
Una bella mariposa
De indefinible color.

Creiendo ilusion soñada
Lo que mis ojos veían
Ó que equivocado habían
Dado á un fantasma valor,
Busqué, y con dulce alegría
La encontré hermosa y ufana
Que de la yerba galana
Libava el fresco sabor.

¡Oh! bien hayas, mensajera
De las auras y las flores,
De los ensueños de amores
De imaginacion febril.
Mucho tu vista me halaga;
Mi alma llena de esperanza
Porque mira en lontananza
Las puras brisas de Abril.

Yo, que pobre de talento
Aunque rica de ilusiones,
Que todas mis ambiciones
Son de cantar y gemir,
Mucho tu loca vehemencia
Mi amante pecho deplora;
Tu triste vanidad llora
Y tu incierto porvenir.

¿Sabes, tierna mariposa,
La de los colores bellos,
La de dorados destellos
Y de ligero volar,
Cuál es la suerte que aguarda
A tus vaporosas alas,
A tus efímeras galas
Por tu imprudente gozar?

Que una ráfaga de viento
Tu manto de gasa y oro
Que es ¡ay! tu solo tesoro,
Pueda cruel marchitar.

A cuantas cual tú un instante
de ventura pasajera,
les cuesta una vida entera
De lágrimas y penar!

Josefa Bueno de Altea.

¡SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO!

Novela de costumbres.

(Continuacion.)

Muchos dias habian pasado.

Ricardo, ocupado por mil nuevas atenciones que su amistad con el banquero le imponia á cada paso, empezaba á alterar sus antiguas costumbres y á frecuentar menos la casa de Elena.

Héctor parecia que, obedeciendo á una idea fija ó á un plan marcado de antemano, hallaba pretextos siempre para retener á Melvil á su lado.

Ya era un dia de gira al cual queria que le acompañase, ya á una reunion, ya á un baile, ya á una partida de caza.

A veces tambien le sujetaba con motivos más serios, interesándole en alguna empresa productiva, ó dándole parte en cualquiera de sus negocios.

El padre de Ricardo contribuia tambien á estrechar más y más esta amistad, pues sus cartas se reducian á rogar al jóven que estuviese siempre de acuerdo con el banquero, guiándose por sus consejos, y dejándole dirigir sus pasos en el camino de la vida, pues su experiencia y sus conocimientos del mundo le autorizaban para ello.

El jóven, pues, impulsado por todos estos elementos, se dejaba arrastrar por una senda que le separaba cada vez más, no solo de la pobre Elena, sino tambien de Carlos, de aquel amigo tan leal y tan noble.

Bien es verdad, que sin darse cuenta de ello, una valla de hielo se iba interponiendo entre ambos jóvenes, y alejándolos instintivamente.

Ricardo veia en Carlos solo un hermano de Elena; no habia sospechado jamás el sentimiento que se encerraba en aquel corazon tan desgarrado; pero solo con el título de hermano, de la mujer á quien empezaba á hacer infeliz, se sentia turbado en presencia de Carlos y evitaba toda explicacion con él, temiendo á cada paso encontrar una reconvencion en sus labios ó una queja en sus palabras.

El ahijado de D. Martin tambien huia de Ricardo, pues no solo le debia la muerte de sus esperanzas, sino tambien la muerte de la dicha de la jóven, por la cual hubiera él dado la mitad de su sangre ó su sangre entera quizá.

Elena, triste, abatida, sin calma, veia la mudanza de Ricardo, y aterrada ante la idea de que hubiese dejado de amarla, cerraba los

ojos para no ver el porvenir, y no se atrevía á luchar con su desgracia ni á dejar salir de su boca una palabra que provocara una explicación, pues aquella explicación podía confirmar su infortunio.

D. Martín la miraba palidecer y desmejorarse, y achacaba á falta de salud lo que solo era un pesar del alma, agotando todas las medidas que estaban á su alcance para animarla y volverle la alegría.

Animado con esta idea, la propuso un día que le acompañase á dar un paseo por las afueras de la población, y Elena cedió á este deseo por no contrariar la voluntad de su padre.

Se vistió un sencillo traje, cubrió su cabeza con un velo, y ofreciendo el apoyo de su brazo al anciano, salió con él, y ambos emprendieron la marcha por las animadas calles de Madrid.

La preocupación de la joven era extremada, y sus hermosos ojos apenas se levantaban del suelo para fijarse en los objetos que á cada paso se ofrecían á su vista.

En cuanto al anciano, absorto en la contemplación de su nieta, ocupado solo con el placer de llevarla á su lado, tampoco se cuidaba mucho de lo que pasaba cerca de él.

Caminaban, pues, lentamente, y aturridos por el ruido de la calle en que se encontraban, en la que á cada paso se escuchaba el sonido de los carruajes, las voces de los vendedores, ese confuso rumor que se percibe siempre en los sitios públicos de una populosa ciudad.

De pronto Elena vió la gente correr, oyó algunos gritos confusos, que la dejaron atónita y turbada, sin saber ni explicarse la causa de que provenían.

Se detuvo un instante; D. Martín soltó su brazo y se adelantó algunos pasos, acaso para ver el motivo de aquella alarma; pero no había pasado un segundo cuando el pobre anciano cayó al suelo impulsado por una fuerza superior.

Un carruaje con los caballos desbocados cruzó á su lado con una rapidez estremada, arrojándole á su paso contra las losas de la acera, y dejándole tendido en tierra y privado del sentido.

Elena dió un grito y se precipitó sobre el anciano, llamándole anegada en lágrimas con los nombres más dulces y más llenos de cariño.

La multitud, entretanto, había logrado detener el carruaje, del cual habían bajado una joven y una señora de alguna edad, asustadas y temblando todavía del peligro que acababan de correr.

La joven, sin embargo, dirigió una mirada en derredor, y preguntó por el anciano, á quien á través de las ventanillas de su coche había visto caer al suelo, aunque sin poder distinguir su aspecto ni sus facciones.

La señalaron el sitio en que se encontraba, y la joven, dirigiéndose hacia su compañera,

—Vamos, vamos, exclamó, mi buena aya; veamos quién es ese desgraciado á quien nuestros caballos han estado á punto de matar, y si necesita nuestros socorros...

—Pero, señorita, V. también está aun con-

movida, y primero debemos pensar...

—¡Oh! no temas nada por mí; el susto ya ha pasado y ahora solo anhelo remediar el mal á que he contribuido aunque involuntariamente.

Y sin detenerse más, y seguida de su aya, Fanny, pues era ella, se dirigió al sitio en que se hallaba D. Martín, sin sentido todavía, rodeado de algunas gentes officiosas que le prodigaban los primeros socorros, y sostenido por Elena que, pálida, aterrada, anegada en llanto, no sabía á quien dirigirse, buscando en vano un rostro amigo entre aquella multitud.

Fanny dejó escapar un grito de dolorosa sorpresa al distinguir aquel cuadro, y corrió hacia Elena, diciéndola con afán.

—¡Cómo! ¿ha sido V....? ¿ha sido su padre el que...?

La niña alzó sus ojos y fijó en Fanny una mirada angustiosa é imposible de describir.

—¡Oh! un médico! un médico! gritó Fanny: ¿no hay nadie que vaya á buscarle, para que haga volver en sí á este caballero?

—No es menester, exclamó uno de los que rodeaban á D. Martín; ya va á abrir los ojos.

Efectivamente, el anciano empezaba á recobrar el sentido.

—¡Oh! le conduciremos en un carruaje á su casa, dijo la hija del banquero con viveza. Vé, Aya, y manda á Julian que se busque uno inmediatamente.

El criado cumplió aquella orden con una rapidez estremada, y cinco minutos después D. Martín y Elena, acompañados por Fanny y su aya, se dirigían á la casa del primero, donde llegaron muy en breve.

(Se continuará.)

ANTE UN SEPULCRO.

SONETO.

Turbado llego aquí, sombra adorada
ahogado el corazón, turbios los ojos,
á regar con mi llanto los abrojos
do tu hermosura yace sepultada.
Yertos están ¡ay Dios! de tu mirada
los puros rayos del amor despojos,
que á la lumbré del sol daban enojos,
y la muerte ha trocado en polvo y-nada.

Yertos están, y la esperanza mia
te llama en su dolor! nunca responde
tu cariño á mi voz, triste y sombría
bajo esa losa que tu ser esconde.
¿Dónde tu amor está? mi bien á donde?
¡tornóse al cielo como flor de un día!

Juan Carabantes y V.

UN PRESENTIMIENTO.

(Continuacion.)

—¿Pero cómo te explicas, le preguntaba yo algunas veces, que tu mujer, que es una criatura tan buena y cariñosa, quiera tu muerte y te persiga con tal encarnizamiento?

—¿Cómo me lo explico? exclamaba. ¡Tú es-

tás loco, Enrique! ¿Perdona nunca una madre al asesino de su hijo? ¿No he matado yo á su hijo?

Y entonces prorumpia en quejas amargas contra la Providencia mientras ella trabajaba en su favor.

Mentiria yo, me haria mejor de lo que soy si te dijera, amigo mio, que más de una vez me sentí desfallecer bajo el peso de la empresa que habia aceptado. Puedes creer que era una carga demasiado pesada para mí, y que nunca pude imaginar que tendria fuerzas suficientes para llevarla á cabo. El que haya vivido en compañía de un loco, no podrá menos de convenir conmigo en que es mil veces preferible asistir á un leproso. Momentos habia en que me preguntaba á mí mismo con ansiedad, si estaria yo tambien loco como afirmaba el conde. Hoy mismo no estoy yo muy seguro de que la locura no sea más tarde ó más temprano una enfermedad contagiosa.

Las cartas que recibia de mi patria sostenian mis fuerzas y reanimaban mi valor. Las del buen doctor respiraban confianza. Las de la jóven condesa, aunque embozadas siempre por el dolor, eran como esos cielos de tempestad en que brilla el sol al través de la nubes; las sonrisas se mezclaban en ellas á las lágrimas, y entre las frases llenas de tristeza y de pesar transpiraban á veces el gozo y la confianza. Tres años habian pasado desde nuestra partida; un año más y llegaríamos á la prueba suprema; un año más y acaso se salvaria el conde.

Menos agitado que los precedentes este último año, no debia ser menos duro. Habíamos acabado por instalarnos en un pueblecito de Alemania. Hacia algun tiempo que mi amigo habia caido en un estado de postracion menos incómoda pero más alarmante que los furores de la demencia, pues pasaba dias y aun semanas enteras sin pronunciar una sola palabra. Si yo procuraba sacarle del estupor en que le veia sepultado, me miraba con ojos inmóviles y se sonreia con aire de estupidez. A todo lo que yo le decia respondia invariablemente: «Carlos ha muerto y yo lo he matado.» El nombre de su mujer le hacia temblar todavia; pero como la locura no obraba ya sino sobre sus facultades enervadas, volvía á caer casi inmediatamente en su triste inmovilidad. Indiferente á todas las cosas, ignoraba y no se cuidaba de saber á donde le habia conducido; todos los lugares eran buenos para él, siempre que no fuese en España. Justamente alarmado escribí al doctor suplicándole que abreviase tan largo martirio; pero el doctor implacable me contestó: «Tenga V. un poco de paciencia y espere.»

V.

En fin, el gran dia se aproximaba. Hacia cuatro años que habíamos salido de España. Una tarde anuncié bruscamente al conde que íbamos á partir.

—¿Y por qué? me dijo; aquí estamos bien, quedémonos.

—No hay que vacilar, repliqué. Han descubierto nuestro retiro; he visto rondar por el pueblo á hombres de trazas sospechosas. Te va en ello la vida.

¡Cosa extraña! Aquel desgraciado amaba la vida. Dios deja aun en la locura el instinto de la conservacion. Se levantó y me siguió.

—¿A dónde vamos? me preguntó cuando estuvimos en el coche.

—A Rusia, respondí sin vacilar.

Lanzó un profundo suspiro, apoyó su cabeza contra los almohadones, y se abismó en la especie de letargo de donde yo le habia arrancado por un momento.

La silla de posta que nos llevaba al galope de los caballos, rodó sin pararse durante diez noches y diez dias. A fin de que no hubiese necesidad de apearnos en las posadas, habia yo procurado llevar buena provision de víveres. Mientras duró la travesía no me hizo el conde ni una pregunta, ni dirigió una mirada á los paisajes por donde atravesábamos. Una sola vez abrió la boca para decirme tiritando: «hace frío aquí...» y se envolvió en su capa.

Como á las doce de la décima noche de viaje, se detuvo el carruaje delante de una casa donde no se percibia una sola luz. Invité al conde á bajar y le conduje á tientas atravesando largos corredores. Cuando abrí la puerta de un aposento oscuro, me dijo:

—¿Dónde estamos?

—En un pueblo, cerca de Moscou.

Y como se admirase de las tinieblas en que toda la casa estaba sumergida, le respondí que no queria despertar las sospechas por si acaso nos habian seguido. Satisfecho con mi respuesta y rendido de cansancio se acostó sin luz y se quedó profundamente dormido.

VI.

Eran ya las nueve de la mañana cuando el conde se despertó. Un sol alegre de otoño bañaba su cuarto. La brisa impregnada con el olor de los bosques se deslizaba por la ventana entreabierta, y llevaba hasta él las emanaciones embalsamadas que le penetraban sin saberlo, y cuya dulce y misteriosa influencia sufría sin procurar darse cuenta de ella. Deslumbrados sus ojos por el vivo resplandor de la luz, habian vuelto á cerrarse casi inmediatamente, y permaneció algunos instantes sumergido en ese estado que no es ni la vigilia ni el sueño, mecido por los mil rumores que oía en otro tiempo al despertar; el canto de los pastores, el arrullo de las palomas, el ruido lejano de las presas y del molino, y más cercanos los alegres gritos de niño que partían como cohetes al aire fresco y sonoro de la mañana. Aquellos ruidos, aquellas melodías agresivas le trasportaban vagamente á los dias alegres de la juventud. Murmuró con voz ahogada el nombre de su hijo y el de su mujer; una lágrima hinchó su párpado y humedeció sus pestañas inclinadas. Sin embargo, los pensamientos tempestuosos, un instante adormecidos, comenzaban á rugir en su seno. Reclinó-

se repentinamente sobre su almohada y dirigió en torno suyo una mirada de asombro. Se hallaba en su casa, bajo el techo de sus padres, debajo de aquel techo que por tanto tiempo había abrigado su felicidad. Reconoció uno á uno todos los objetos que le rodeaban, sus libros, sus cuadros, sus muebles, sus colgaduras, y todas esas pequeñeces encantadoras que dan la vida á los lugares que habitamos. Se pasó la mano por la frente como quien se pregunta si es juguete de una ilusión ó víctima de algun sueño, y al volver la cabeza vió de pié junto á la cabecera de su cama á su esposa y al doctor, que le observaban sonriendo.

—¡Holá mi querido conde, dijo alegremente el anciano, parece que esta mañana no nos sentimos mal. De buenas nos hemos escapado. Podemos vanagloriarnos, como Teseo, de haber visto las márgenes sombrías.

—¡Ay! exclamó la condesa; V. es, doctor, V. es quien le ha salvado.

—¿Yo, señora? No por cierto, el mismo conde es el que se ha salvado. No ha querido dejarse morir como un necio, y cuando pienso en todas las buenas razones que tiene para amar la vida, comprendo que ha hecho muy bien.

—¡Querido Federico! dijo al conde su esposa con el acento de una ternura apasionada. ¿Sabes, amigo mio, que nos has tenido en una suma inquietud? ¿Sabes que en tu delirio no conocías ya á tu mujer? Ahora si me reconoces, ¿no es verdad? ¿No te causo ya miedo? ¡Yo soy la que te amo, la que resucita contigo!

—Vamos á ver lo que dice este pulso, dijo el médico cogiendo la mano del conde.

—¿Qué hay doctor? preguntó la jóven condesa.

—Este pulso, señora, no teme afirmar que antes de ocho dias se levantará el señor conde, y que entretanto tomará con mucho gusto una taza de caldo, ofrecida por la blanca mano de su esposa.

En aquel momento entró Antonio y se aproximó al lecho de su amo para informarse de su salud, absolutamente lo mismo que si le hubiera visto la víspera. El conde miraba alternativamente á su mujer y al doctor. Creía estar soñando. De repente se estremeció y se incorporó en la cama... Había oído una voz infantil debajo de su ventana. La condesa corrió á ella, levantó la cortina y pronunció estas sencillas palabras:

—Carlitos, ven á dar los buenos dias á tu papá. Se abrió la puerta y entró vivamente en la estancia un hermoso niño. Saltó sobre la cama, echó sus bracitos blancos alrededor del cuello del conde, y le dijo:

—¡Buenos dias, papá!

Era él, Carlitos. El ojo de una madre hubiera podido engañarse; era Carlos, tal como le habían visto el dia fatal en que su padre lo llevó á mi casa: los mismos ojos azules y limpidos, la misma boca fresca y risueña, los mismos cabellos rubios y finos. Cerca de la ceja derecha tenia el mismo lunar, y en el nacimiento de la nariz, bajo la transparencia de la piel, la misma vena azulada semejante á la mitad de un anillo de lápiz-lázuli inmóvil.

asolado y mudo le devoraba el conde con los ojos, y pasaba sobre él sus manos ávidas y trémulas. En fin, con un movimiento repentino rasgó más bien que abrió la blusa del niño, y al ver blanco y unido como una hoja de marfil aquel pecho, sobre el cual buscaba inútilmente la huella del tiro que había creído mortal, herido de estupor y demasiado débil para tan lentas emociones, cayó desmayado con el niño en sus brazos.

VII.

Cuando recobró sus sentidos, se hallaban sentados á su cabecera la condesa y el doctor; Carlos jugaba á los piés de la cama.

—¡Oh, amigos míos! dijo al fin, ¿qué ha pasado? ¿qué pasa?

—¿Qué ha pasado? respondió el doctor, que ha estado V. muy enfermo, que ha tenido V. lo que nosotros los facultativos llamamos meningitis, ni más ni menos. Lo que pasa ya lo ve V.; con la salud ha recobrado V. la razon, y con la razon la felicidad. Esto no era más difícil que aquello.

—Papá está curado, papá no está ya enfermo. ¡Qué contento estoy, dijo Carlos, que hojeaba un libro de estampas que el conde se acordaba haber traído un dia de Cádiz á su hijo.

—¡Una meningitis! murmuró Federico como hablando consigo mismo.... Pero doctor ¿he estado loco? añadió fijando en el anciano una mirada inquieta.

—¡Diantre! Aquí para entre nosotros, mi querido conde, no tenia V. la cabeza en muy buen estado. Durante seis semanas ha corrido V. admirablemente por esos mundos de Dios sin dejar la cama, en compañía de su amigo Enrique.

—¡Seis semanas! exclamó el conde. Me parece que han transcurrido siglos desde el dia...

—Desde el dia en que caiste enfermo, dijo su esposa acabando la frase que él había comenzado. ¡Oh amigo mio! esas seis semanas han sido para nosotros tambien siglos de angustias y de dolores.

—¡Seis semanas! repetía Federico.

—Mes y medio de fiebre y de delirio... ¿no se da todavia por satisfecho el señor conde? exclamó el doctor riéndose.

—Pero ¿cómo ha sucedido todo esto? preguntó Federico en tono de duda y curiosidad.

—Voy á recordártelo, amigo mio, dijo la jóven condesa continuando una labor de tapicería, interrumpida hacia cuatro años, y comenzada á la vista de Federico. Habíais ido á comer con Carlos á casa de nuestro querido vecino El tiempo estaba borrascoso hacia muchos dias; tu cabeza sufría ya, y despues de la comida, que segun dicen, fué muy alegre....

—Demasiado alegre, dijo el doctor á manera de reflexion.

—Pasaste al terrado donde tus amigos se divertían, diversion cruel por cierto, en tirar á los pájaros del buen Dios. Enrique asegura que tenias ya la cara arrebatada.

—El señor conde, añadió el doctor, había bebido en los postres demasiado vino de Jeréz.

—A pesar de la promesa que me hiciste la víspera, cogiste una escopeta.... la escopeta de Enrique....

—Sí, sí, es verdad, exclamó Federico que sentía despertarse al mismo tiempo su razón y su locura.... Cogí la escopeta de Enrique.... Carlos estaba á veinte pasos de mí.... levanté de pronto mi arma.... salió el tiro....

—Y el señor conde cayó, dijo tranquilamente el doctor, el señor conde cayó como herido del rayo. Hé aquí las consecuencias de beber demasiado vino de Jeréz en los postres.

—¿Y de desobedecer á su mujer, añadió la condesa; amigo mio, Dios te ha castigado.

—¿Y que sucedió entónces? preguntó Federico limpiándose el sudor que corría por su frente.

(Se concluirá.)

Pero quererte como yo te quiero
dime..... ¿quién te querrá?

Brillarán en tu pecho los diamantes
Como del sol los rayos en el mar!
Lucirás tus encantos y tus galas
Y, muchos te amarán!

Las nubes de tu alma avergonzadas
Cual humo leve al punto volarán!
Y la dicha, la paz y los amores....
Quizás te arrullarán!

Los hombres, madre mia, al contemplarte
El amor en su pecho sentirán;
Pero, quererte como yo te quiero....
Dime..... ¿quién te querrá?

E. A.

SECCION INFANTIL.

CORONA DE LA INFANCIA.
FLORES DEL CIELO.

SAGRARIO Y ALTAR.

IV.

El soldado romano llegó á las puertas de la cárcel, donde se agolpaba un inmenso gentío.

Su calidad de centurion del emperador le abrió paso entre la multitud, y con el moribundo niño en los brazos.

La prision en que se hallaban reunidos los confesores de Cristo era un vasto calabozo, cuadrado y oscuro, pues solo recibía la luz de una abertura ó claraboya situada en el centro, y á donde no podían llegar jamás los rayos del sol.

En sus muros, formados de anchos sillares de piedra, se veían colocadas de trecho en trecho gruesas argollas de hierro á diferentes al-

turas, pues unas servían para sujetar á los presos de pié, inmóviles y sin un movimiento de descanso, y otras para tenerlos tendidos en tierra y con los piés metidos en el cepo, donde se magullaban sus carnes y se quebrantaban sus huesos.

Allí, maltratados, escarnecidos y preparados para morir, se hallaban una veintena de cristianos, en cuyos rostros se pintaba el sufrimiento y las penalidades de su horroroso cautiverio, pero dulcificadas por una santa resignacion é iluminados por una esperanza celestial.

Todos se dirigían frases tiernas y llenas de caridad y amor, y los que permanecían sin cadenas prodigaban toda clase de servicios y atenciones, á los que no podían moverse sujetos á los duros hierros.

Entre todos aquellos confesores de Cristo era digno de más respeto y más veneracion el santo sacerdote Luciano, cuya edad frisaba en los ochenta años, y cuyas virtudes eran el asombro de sus hermanos.

Contra él más que contra otro alguno se había empleado el rigor y la crueldad de los tiranos, y víctima de su furor yacía en tierra con las dos piernas quebradas en la rueda del tormento, aguardando la hora de su cercana muerte.

El soldado que conducía en sus brazos á Tarcisio, estaba ya muy cerca de aquella mansión, é iba á penetrar en ella cuando se sintió detenido por una mano temblorosa.

Volvió los ojos y su mirada se cruzó con la mirada anhelante de una mujer que le seguía fatigada y sin fuerzas.

Aquella mujer era Flavia; Flavia que avisada por su esclava de la suerte que había cabido al tierno niño, venía presurosa en pos de él, arrastrada por una fuerza superior.

—Detente, gritó al centurion, detente por un momento y dime qué ha podido hacer esa hermosa criatura para que le hayan puesto así. ¿Qué vientos han soplado sobre esa flor tan hermosa para marchitarla de ese modo!

—Señora, murmuró aquel hombre conmovido y con acento del más profundo pesar; este niño es cristiano, y los enemigos de la Cruz han derramado por eso su sangre.

—¿Le han muerto?

—¡Sí! respondió el centurion con voz opaca.

Flavia dió un grito penetrante, cuyo eco llegó hasta el corazón de Tarcisio, porque éste abrió los ojos y dirigió á la dama romana una mirada y una sonrisa tan pura, tan dulce y tan expresiva, que aquella mujer tuvo que cubrirse el rostro con las manos, como si una luz divina hubiera cegado sus ojos.

¡Ay! aquella mirada era la última que Tarcisio podía dirigir en la tierra!

Trémula, vacilante, absorta, como dominada por un divino poder, siguió al soldado que caminaba delante de ella, sin darse cuenta de lo que hacía.

Así penetraron ambos en la lúgubre estancia de la prision.

—¿Qué es esto? preguntó Luciano, á cuyos piés fué el centurion á colocar el cuerpo de Tar-

cisio. ¿Quién es este niño, quién eres tú?

—¡Este niño es el primer mártir que va á preceder vuestra llegada al cielo! ¡La primera flor que ha caído troncada por el vendabal asolador de la persecucion. En cuanto á mí, soy un soldado, pagano ayer y cristiano hoy.

—¿Cómo? ¿qué quieres decir?

—Que este ángel os traía las sagradas formas para vuestra última ceremonia, y que ha preferido morir antes que dejar que el Santo de los Santos sea profanado!

Luciano sintió que sus ojos se llenaron de lágrimas.

El cadáver de Tarcisio estaba allí, tendido á sus piés, con los bracitos cruzados sobre el pecho todavía, guardando, aun despues de muerto, el Divino Tesoro.

El niño estaba tan hermoso que parecia sonreír á los que miraban su apacible y peregrino rostro.

—¡Hermanos míos, exclamó Luciano con voz vibrante y solemne; preparados estábais y esperando el momento de acercarse á la santa mesa! Venid, pues; el pecho de este niño es el sagrario: su cuerpo de mártir es el altar! venid á recibir de mis manos la más sublime gracia y el don más supremo que la iglesia de Cristo puede dar á sus hijos! Llegad, pues!

Todos cayeron de rodillas y la ceremonia empezó.

El sacerdote separó las manos yertas de Tarcisio, y la Hostia sagrada quedó al fin descubierta sobre su pecho.

Todos los prisioneros que iban á morir al siguiente día por la fé, se acercaron á aquel inmacelado altar, donde el sacerdote, decrepito y moribundo tambien, colocaba sobre sus labios el divino Pan!

¡Oh! los ángeles debían sonreír desde el cielo al contemplar aquel espectáculo, pues no podía darse un templo y un ara más digna de Dios.

Cuando todas las frentes estaban inclinadas, todos los corazones agitados, todos los labios alzando al cielo una oracion, un ancho sollozo se escapó de los labios de Flavia, que vino á caer de rodillas ante los piés de Luciano.

—¿Qué quereis? la preguntó él dulcemente, viendo por su atavío y por su aspecto que no formaba parte de los prisioneros.

—¡Ser cristiana! respondió ella con un grito del alma; ser cristiana tambien.

—¡Y yo con ella! exclamó el centurion; el Dios que dá valor á los niños para morir por su amor, es, no lo dudo, es el solo y el único Dios.

Al día siguiente el cielo se abría para dar entrada á los mártires que habían teñido con su sangre la arena del anfiteatro, y entre los cuales se contaba Flavia y Marco Aurelio el centurion.

Un ángel más bello que la primera luz del día, con la frente ceñida de azucena, rojas las leves alas, y una brillante palma en la divina mano, salió á su encuentro, y les condujo á los piés de la Reina de los Ángeles. Era Tarcisio; Tarcisio á quien debían su conversion, y que habia contribuido á que obtuvieran un cie-

lo en cambio de la compasion que ambos habian sentido por él.

VARIEDADES.

EL ARTISTA REPOSTERO.

(Conclusion.)

—¡Y bien! le dijo tirándole cariñosamente de la oreja; ¿serías tú capaz de hacerlo?

—Creo que sí, monseñor, contestó Antonio, cuyo rostro adquirió los colores del arco iris; pero para eso seria necesario que el Sr. Pietro me diese un poco de la masa con que suelen hacerse los pasteles.

—¡Oh, monseñor! dijo Posino, os ruego que no hagais caso de ese chicuelo.

—¡Cómo que no! replicó el duque sonriendo;—por que como el lector habrá notado, era muy bondadoso —Por el contrario, le doy amplias facultades para que intente esa obra de reposteria que ha de sacarnos del apuro.... Pero dime, Antonio, ¿qué me darás si por acaso no consigues salir airoso de la empresa?

—¡Mis dos orejas! respondió Antonio con entereza.

—¡Sea!

El banquete fué espléndido, como todos los que celebraba desde tiempo inmemorial la opulenta familia de los Falieri.

Cuando llegó el momento en que debían servir los postres, el duque refirió á los convidados la historia del malhadado plato, enterándoles asimismo de la presuncion del nieto del albañil.

Así es que los convidados no podían menos de fijar una ansiosa mirada en cada uno de los platos que colocaban sobre la mesa.

La impaciencia llegó á hacerse general.

Por fin apareció en el salon el mayordomo, llevando un objeto de colosal tamaño, cubierto con una servilleta adamascada, y lo puso sobre la mesa.

El duque descubrió el plato, y todos lanzaron un grito de admiracion.

Aquel objeto era un soberbio bizcocho, que tenia la figura de un leon perfectamente modelado.

—¡Bravísimo, bravísimo! exclamaron los convidados en coro ¿Dónde está el repostero que ha fabricado esta maravilla?

—¿Dónde está el artista? repetía el duque, verdaderamente sorprendido.

Poco despues vió aparecer ante sus ojos la figura del ingenioso adolescente, cuyos ojos brillaban con el fuego de la inteligencia.

El duque era muy aficionado á las artes, y sobre todo muy observador para no ver en aquella obra de un niño los indicios de una imaginacion privilegiada.

Aquel mismo año le llevó consigo á Venecia, poniéndole bajo la direccion de los más ilustres profesores.

Cuatro años despues, el jóven protegido del duque partía á Roma con cartas de recomendacion para la mayor parte de las notabilidades y eminencias de la capital del mundo cristiano.

Cánova... ¿quién lo ignora? fué uno de los escultores más distinguidos de su época.

El arte le proclama como uno de sus más dignos intérpretes, y su nombre es saludado con admiracion y respeto.

A ese episodio de la infancia de Antonio Cánova conviene añadir uno de sus preciosos títulos de gloria.

Cuando la Francia perdió la batalla de Waterloo, los Estados europeos reclamaron las riquezas artisticas que se habian apropiado los conquistadores.

Cánova, por orden expresa del Papa, llegó á París con objeto de reivindicar las curiosidades de arte que pertenecían á la ciudad de Roma, y fué tal el celo que desplegó en la mision que le confiaron, que el Papa inscribió el nombre de Cánova en el libro de Oro del Capitolio, confiriéndole el honroso título de marqués de Ischia.

El gran artista nació en una humilde cabaña, y su primera obra de arte fué un bizcocho.

GRANADA.—IMPRESA Y LIBRERÍA DE F. REYES Y HERMANO.